

PRÓLOGO

La muerte de Tamerlán en 1405 fue un punto de inflexión en la historia universal. Tamerlán fue el último de la serie de «conquistadores del mundo» pertenecientes a la tradición de Atila y Gengis Kan que trataron de someter a toda Eurasia —la «isla mundo»— al dominio de un único e inmenso imperio. No habían pasado aún cincuenta años de su muerte cuando los Estados marítimos del Lejano Oeste euroasiático, con Portugal en vanguardia, comenzaron a explorar las rutas navales que habrían de convertirse en los nervios y arterias de grandes imperios marítimos. Esta es la historia de lo que ocurrió a partir de ese momento.

Es un relato que nos resulta familiar hasta que lo examinamos más de cerca. El ascenso de Occidente a la supremacía global por la vía del imperio y la preeminencia económica es una de las piedras angulares de nuestro conocimiento histórico, y nos ayuda a ordenar nuestra visión del pasado. En muchos de los relatos al uso parece poco menos que inevitable, la ruta principal de la historia, que convirtió a todas las alternativas en carreteras secundarias o callejones sin salida. Al disolverse los imperios europeos, en su lugar aparecieron nuevos Estados poscoloniales, a la vez que la propia Europa se convertía en parte de «Occidente», una liga de ámbito mundial bajo el liderazgo de Estados Unidos. En parte, este libro pretende mostrar que el tiempo transcurrido desde la época de Tamerlán hasta la nuestra ha sido mucho más disputado, confuso y azaroso de lo que sugiere esa leyenda. Esto es algo suficientemente obvio de por sí, pero de lo que se trata es de demostrarlo colocando a Europa (y a Occidente) en un contexto mucho más amplio: entre los proyectos de construcción de imperios, Estados y culturas de otras partes de Eurasia. Solo así es posible aprehender cabalmente el curso, la naturaleza, la magnitud y los límites de la expansión

européa, y apreciar algo más claramente los orígenes de nuestro mundo contemporáneo.

Este libro no se habría podido escribir sin el enorme volumen de textos nuevos aparecidos en los últimos veinte años, tanto sobre historia «global» como sobre las historias de Oriente Próximo, la India, el Sudeste asiático, China y Japón. Por supuesto, no ha sido solo en tiempos recientes cuando los historiadores han insistido en una perspectiva global del pasado; al fin y al cabo, se trata de una tradición que se remonta a Heródoto, y en la mayor parte de las historias yace oculta una serie de conjeturas acerca de lo que se supone que sucedió en otras partes del mundo. El estudio sistemático de los vínculos entre distintas partes del mundo es, sin embargo, algo relativamente reciente. «El estudio del pasado solo puede ser válido cuando se comprende plenamente que todos los pueblos tienen historia, que sus historias devienen de forma concurrente y en el mismo mundo y que el acto de compararlas es el principio del conocimiento»¹, escribe Frederick Teggart en su *Rome and China* (Berkeley, 1939). Este reto fue asumido a una escala monumental por W. H. McNeill en *The Rise of the West [El ascenso de Occidente]*, cuyo título no da una idea de su asombrosa amplitud de espectro y sutileza intelectual. En los últimos años, han aumentado en una medida enorme los recursos dedicados a la historia global y no occidental. El impacto económico, político y cultural de la «globalización» es una de las razones, pero quizá hayan sido igualmente importantes los efectos de diásporas y migraciones (que crearon una tradición histórica móvil y «antinacional») y la liberalización parcial de muchos regímenes (el caso más señalado sería el de China) en países en los que la historia se había venido tratando como propiedad privada del Estado. Las nuevas perspectivas, nuevas libertades y nuevos públicos lectores, deseos de extraer nuevos significados de la historia, han alimentado una vasta producción de literatura histórica. El efecto de todo ello ha sido abrir nuevas ventanas a un pasado que antes solo parecía accesible por una única ruta, la historia de la expansión europea. Se ha vuelto mucho más fácil que hace una generación ver que la trayectoria a través de la que Europa llegó al mundo moderno compartía muchos rasgos con los cambios sociales y culturales ocurridos en otras partes de Eurasia, y que el acceso de Europa a la primacía fue posterior, y bastante más matizado de lo que a menudo se nos hace creer.

Mi deuda con el trabajo de otros historiadores resultará evidente por las notas que acompañan cada capítulo. Mi primera experiencia de la

fascinación de contemplar la historia universal como un todo interconectado la tuve como alumno del tristemente fallecido Jack Gallagher, cuya imaginación histórica no tenía límites. He aprendido muchísimo de mis colegas de Oxford en los ámbitos de la historia imperial y global, Judith Brown, David Washbrook, Georg Deutsch y Peter Carey, y me he aprovechado de los conocimientos especializados de muchos otros colegas de la universidad y más allá, cuyas sabias palabras he tratado de recordar. Mis ideas sobre las cuestiones económicas han mejorado mucho gracias al contacto con la Global Economic History Network, creada por Patrick O'Brien como foro para tratar sobre los caminos divergentes del cambio económico en distintas partes del mundo. Algunas de las ideas presentes en este libro surgieron de discusiones con James Belich y Phillip Buckner en varios «seminarios itinerantes». El estímulo de enseñar a tantos alumnos de talento ha sido indispensable, y mi formación histórica se ha ampliado enormemente supervisando muchas tesis doctorales a lo largo de los últimos veinte años. Estoy especialmente agradecido a los amigos y colegas que hicieron comentarios sobre las primeras versiones de los capítulos que siguen: Richard Bonney, Ian Phimister, Robert Holland, Martin Ceadel y Andrew Hurrell. Los errores y omisiones son responsabilidad mía.

Los borradores de los mapas los preparé usando como base el programa Mapinfo creado por Collins Bartholomew, y no lo habría podido hacer sin la guía, los consejos y el apoyo paciente de Nigel James, del departamento de cartografía de la Biblioteca Bodleiana, cuya ayuda es un placer agradecer. Los mapas terminados los dibujó Jeff Edwards. Estoy muy en deuda con Bob Davenport por su cuidado meticuloso en la corrección del texto.

La tarea de escribir este libro habría sido mucho más ardua sin el interés y los ánimos de Simon Winder de Penguin. Ante el entusiasmo de Simon, ningún autor podría permitir que decayera su empeño. Por esto y por los consejos incisivos y oportunos en ciertos momentos críticos le estoy profundamente agradecido.

Por último, escribir este libro a lo largo de un periodo prolongado y entre otras muchas actividades fue posible en gran medida gracias a los recursos extraordinarios de las bibliotecas universitarias de Oxford (asediadas, pero que resisten) y a las instalaciones incomparables para investigar y escribir que ofrece Nuffield College a sus miembros.

NOTA SOBRE NOMBRES Y LUGARES

Escribir un libro que abarca un ámbito tan amplio en el tiempo y en el espacio suscita algunas cuestiones problemáticas en lo tocante a nombres propios y topónimos. No solo cambian los nombres, sino que sus variaciones reflejan cambios en la percepción, la categoría y a menudo el control. En muchas partes del mundo, cambiar el nombre de ciudades, pueblos y calles —y hasta de países— ha sido una manera de simbolizar el fin del viejo orden (por lo general colonial) y de reafirmar una cultura e identidad autóctonas.

Mi criterio ha sido optar por los nombres con más probabilidades de ser conocidos para unos lectores predominantemente occidentales, sin dejar de mencionar el nombre alternativo cuando resulte aconsejable. A veces eso ha supuesto emplear el nombre que daba un sentido contemporáneo especial a un lugar determinado. De ahí que haya utilizado «Constantinopla» y no «Estambul» para referirme a la capital otomana, como se acostumbró a hacer en Occidente hasta mucho tiempo después de la conquista de la ciudad por los turcos en 1453. He conservado esa denominación para subrayar su papel como capital imperial (muy distinta de la actual Estambul), y también su disputada condición (a ojos de muchos europeos) de ciudad cristiana ocupada y pendiente de «liberar», idea que duró hasta el Tratado de Lausana de 1923.

Hay tres cuestiones merecedoras de mención particular. En primer lugar, la romanización de nombres islámicos ha sido siempre un tanto arbitraria, lo que quizá fuera inevitable. Al tratar de representar el sonido de los nombres islámicos, a lo largo de los siglos los europeos lo hicieron con gran número de variaciones ortográficas, algunas de las cuales se nos hacen hoy extrañas. Para complicar las cosas aún más, algunas de dichas variaciones reflejaban diferencias entre formas habladas de árabe, persa y turco, los tres idiomas principales de la Eurasia islámica. El más conocido de los nombres musulmanes puede aparecer como Mahomet, Mehmet, Mohamed y Muhammad; Feisal puede aparecer como Faisal o Faysal. He empleado las versiones que espero sean las más conocidas y reconocibles, prefiriéndolas a las que podrían considerarse más escolásticamente «correctas».

En segundo lugar está el caso de Irán: hasta 1935 se denominó oficialmente Persia, el nombre por el que se solía conocer al país en Occidente. «Irán», sin embargo, era el término más comúnmente usado en el país y en la región vecina, y en aras de la sencillez he optado por usarlo como designación estándar para la unidad territorial y de su pue-

blo a lo largo del periodo abarcado por el libro. No obstante, es importante recordar que «persa» (palabra que procede de *farsi*) fue el nombre de la lengua y cultura predominantes, además de identificar al mayor grupo étnico en una tierra que contiene pueblos diversos.

En tercer lugar está China. En la actualidad está muy difundido el sistema pinyin para transcribir el chino al alfabeto latino. Sin embargo, como la mayoría de las referencias en este libro son a personas y lugares chinos, he conservado las formas que el lector occidental más probablemente reconozca, y que pertenecen al viejo sistema Wade-Giles. Los ejemplos más obvios son los siguientes:

Ching y *no* Qing
Pekín y *no* Beijing (hasta el capítulo 8)
Nankín y *no* Nanjing
Cantón y *no* Guangzhou
Kiangnan y *no* Jiangnan
Sinkiang y *no* Xinjiang
Chien-lung y *no* Qianlong
Kuomintang y *no* Guomindang
Chiang Kai-shek y *no* Jiang Jeshi
Mao Tse-tung y *no* Mao Zedong
Chou En-lai y *no* Zhou Enlai

DESPUÉS DE TAMERLÁN

En 1401, el gran historiador musulmán Ibn Jaldún (1332-1406) se encontraba en la ciudad de Damasco, sometida por entonces al asedio de Tamerlán. Como estaba deseando conocer al conquistador más famoso de sus días, se hizo bajar en un cesto desde las murallas y fue recibido en el campamento de Tamerlán. Allí mantuvo una serie de conversaciones con un gobernante al que describiría (en su autobiografía) como «uno de los reyes más grandes y poderosos [...] adicto al debate y a argumentar sobre lo que sabe y lo que no»¹. Es posible que Ibn Jaldún viera en Tamerlán al salvador de la civilización arábigo-musulmana cuyo final temía. Sin embargo, cuatro años más tarde Tamerlán moriría camino de la China que quería conquistar.

Tamerlán (también conocido como Timur o Timurlenk, «Timur el cojo», de ahí su nombre europeo) fue un fenómeno que se transformó en leyenda. Es probable que naciera en la década de 1330 en el seno de un clan menor de la confederación turco-mongola de Chagatai, una de las cuatro grandes divisiones del imperio mongol que Gengis (Chinggis) Kan había conquistado a su muerte, en 1227. Hacia 1370 ya se había convertido en jefe de los Chagatai. Entre 1380 y 1390 se embarcó en la conquista de Irán, Mesopotamia (el Irak moderno), Armenia y Georgia. En 1390 invadió territorio ruso y regresó unos años más tarde para destruir la capital de la Horda de Oro, el régimen mongol que se encontraba en lo que hoy es el sur de Rusia. En 1398 encabezó una razia en la India, derrotó a sus gobernantes musulmanes y destruyó Delhi. Luego, en 1400, volvió a Oriente Próximo para hacerse con Alepo y Damasco (Ibn Jaldún logró escapar de la masacre) antes de derrotar y capturar al sultán otomano Beyazid en la batalla de Ankara, en 1402.

Solo tras estas victorias se dirigió hacia el este para llevar a cabo su última y abortada campaña.

Pese a la reputación de tirano sediento de sangre que le ha acompañado siempre y del indudable salvajismo de sus conquistas predatorias, Tamerlán fue una figura de transición en la historia de Eurasia². Sus conquistas fueron eco del gran imperio mongol creado por Gengis Kan y sus hijos: un imperio que se extendía desde el Irán moderno a China y hacia el norte hasta llegar a Moscú. Su formación había dado lugar a diversos movimientos de población, a un gran auge del comercio y a la difusión de las ideas por todo el cinturón de Eurasia, a través de ese gran corredor de pastos que eran las estepas. De hecho, es posible que el gobierno de los mongoles catalizara cambios en el comercio y el pensamiento en una era de expansión económica general³. Los mongoles llegaron incluso a recibir a emisarios de Europa occidental que albergaban la esperanza de establecer una alianza antimusulmana y ganar adeptos al cristianismo. Sin embargo, a principios del siglo XIV el esfuerzo por preservar una gran confederación imperial era ya prácticamente inexistente. Las guerras intestinas entre los ilkanatos de Irán, la Horda de Oro y Chagatai, así como la caída de los Yuan en China (en 1368), acabaron con las tentativas mongolas de construir un imperio euroasiático.

Las conquistas de Tamerlán representaron un intento parcial de recuperar el imperio perdido, aunque con métodos diferentes. Parecía destinar la mayor parte de sus esfuerzos bélicos a destruir a todos sus rivales en el control de las grandes rutas del comercio euroasiático, de cuyos ingresos dependía su imperio. Su poderío se basaba más en el control sobre el agro cultivado que en el dominio de la estepa; sus ejércitos no constaban únicamente de arqueros montados (la fórmula mongola clásica), sino también de infantería, artillería, caballería pesada y hasta un cuerpo de elefantes. Su sistema de gobierno era una especie de absolutismo en el que su dependencia de la lealtad de sus seguidores tribales contaba con el contrapeso de la devoción de sus súbditos del campo y de la ciudad. También decía ser «la Sombra de Dios» (entre otras muchas cosas) que vengaba las traiciones a la fe islámica y castigaba la apostasía. Elijó Samarcanda como capital de su imperio. Estaba cerca de su lugar de nacimiento y fue allí donde llevó el botín de sus conquistas y donde financió la construcción de monumentos arquitectónicos que proclamaran a los cuatro vientos el esplendor de su reinado. El modelo «timúrida» ejerció una influencia duradera sobre la noción de imperio a lo largo y ancho de Eurasia.